

Tú,

E

N

F

E

R

M

O

no estás

•

L I B E R T A D

P A N T O J A



MALABAR

Tú,

enfermo

no

estás

COLECCIÓN TRAPECISTAS

© Libertad Pantoja, 2021

© D. R. Malabar Editorial

(Servicios de Comunicación

Malabar S.A.S. de C.V.)

Nubia 79, colonia Clavería,

02080, CDMX, México

malabar-ed.com

COLECCIÓN TRAPECISTAS

Primera edición, septiembre de 2021

EDICIÓN: Héctor Rojo

DISEÑO EDITORIAL: Santiago Solis

DISEÑO DE COLECCIÓN: Ana Paula

Hernández y Santiago Solís

ILUSTRACIÓN DE PORTADA:

Manuella Cano Brouté

CORRECCIÓN EDITORIAL: Laura Baeza

ISBN: 978-607-98609-2-9

Queda prohibida la reproducción de este libro de forma parcial o total por cualquier medio, bajo las sanciones establecidas por la ley, salvo por la autorización escrita de los editores y/o autores de la obra. Las características de composición, diseño, formato, son propiedad de la editorial.

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

Tú,

E N F E R M O

no estás



L I B E R T A D

P A N T O J A



ÍNDICE

¿DÓNDE ESTÁ CECILIA?	11
NAUTLA	29
NIÑO, ¿POR QUÉ LLORA?	37
YO AHORA, YO ENTONCES	39
DUÉRMASE, MI AMOR	51
ESCONDIDO	61
NUESTRO TEMPLO MAYOR	63
DIENTES	69
LOS ANIMALES NO TIENEN MUÑECAS	71
VÍBORAS QUE MUERDEN	81
AGRADECIMIENTOS	87

●

*A la magia que reside en
nuestros sueños.*

●

*A Samy y a todos mis
compañeros de caminos
que evitan que olvide los
senderos que amo.*

●



Me dijo el rey: «¿Por qué ese semblante tan triste? Tú, enfermo

no estás. ¿Acaso tienes alguna preocupación en tu interior?»

Yo quedé muy turbado, y dije al rey: «¡Viva por siempre el rey!

¿Cómo no ha de estar triste mi semblante, cuando la ciudad

donde están las tumbas de mis padres está en ruinas, y sus

puertas devoradas por el fuego?» Replicóme el rey: «Qué deseas,

pues?» Invoqué al Dios del cielo, y respondí al rey: «Si le place

al rey y estás satisfecho de tu siervo, envíame a Judá, a la ciudad

de las tumbas de mis padres, para que yo la reconstruya.»

¿DÓNDE
ESTÁ
CECILIA?

Ella estaba sentada en su cama, delgadísima y ojerosa. No podía hablar. Cuando la abracé sentí sus huesos. La última de sus amigas mexicanas que quedaba acompañándola me miró aliviada, lista para irse de vacaciones.

Cecilia, mi hermana, dormía en un colchón individual en un cajón de madera. Su cuarto tenía dos ventanas muy grandes y una orquídea que ella compró. El cajón del lado opuesto del cuarto estaba vacío. Había un clóset grande, lleno de la ropa de Cecilia y su *roomie*. Todo me pareció grisáceo y sucio.

Le pregunté a Cecilia qué había pasado, pero ella no podía responder. Tal como ya me habían dicho sus amigas, se comunicaba por medio de señas, fastidiándose rápidamente de que no la entendiéramos. Cecilia me abrazó, sonreía.

—Habla a la embajada —me dijo su amiga mexicana antes de irse.

Ayudé a Cecilia a bañarse como cuando éramos pe-

queñas y le puse ropa limpia. En eso se hizo de noche. Nisant, el mejor amigo de Cecilia allá, me mandó un mensaje diciendo que nos esperaba en el comedor. No podía encontrar el lugar, todos los edificios de la residencia universitaria formaban un conjunto autosimilar. No recuerdo cómo la llevé hasta ahí.

El comedor, con sus luces blancas y pálidas, me parecía enorme, como toda la residencia universitaria en sí. Tomando de la mano a Cecilia, me asomé por la ventana: vi un bosque. La enormidad de todo me mareaba. Me sentí angustiada, como si perderme en esa ciudad fuera una condena a la que no podía escapar.

Escuché todas las instrucciones que Nisant me daba para comprar la comida cuando, de la nada, Cecilia comenzó a hablar: hacía preguntas al vacío sobre si ella había tenido la culpa, sobre si había matado a alguien y repetía y repetía que no quería hacerlo. Cuando le preguntábamos qué cosa no quería hacer, no nos sabía responder. Mencionó muchas veces el nombre Robin. Nisant dijo que Cecilia tenía un novio, pero que ella nunca quiso contarle sobre él. Encontré un "Robin" en el celular de Cecilia. Le escribí, pero nadie me contestó.

Cecilia hizo todo lo que Nisant y yo le pedimos, con una expresión de preocupación que me desgarraba las entrañas. Comió una, dos, tres cucharadas, hasta terminarse casi la mitad de un trozo enorme de lasaña. Tuve miedo de nunca volver a platicar con ella sobre sus proyectos de la escuela, sus novios, los arreglos que quería hacer en el jardín de mis padres. Miedo de que jamás volviera a ser ella misma.

Dos horas después, en el hospital general, como si no escucharan sus delirios proferidos en español, en

inglés y en francés, dijeron que lo que tenía Cecilia no era una emergencia, que había que hacer cita para una evaluación física, así podrían canalizarla al departamento más adecuado. Les rogué que la atendieran, pero insistieron en que siguiera los procedimientos; me dijeron que entendían mi preocupación por ella, pero no podían hacer nada al respecto. Yo no sabía de qué otro modo reclamar. Mamá era la experta en lograr que nos atendieran en el Seguro Social. Sentí que, de cualquier modo, lo que era válido en México no serviría aquí.

Después de perdernos dos veces dentro del hospital y en los jardines que lo rodeaban, de gritarle a un hombre que se ofreció a ayudarnos a encontrar el camino y de tomar un taxi, por fin regresamos a su cuarto. Entonces recordé lo que me había dicho su amiga: "habla a la embajada". Yo solo quería llevarme a Cecilia de vuelta a casa de mis padres y dejar ese país de jardines confusos y enormes, así que llamé. Alguien de nombre Salvador contestó de inmediato. Le conté cómo estaba Cecilia y nuestra experiencia en el hospital.

—El invierno es muy duro aquí —me dijo por teléfono—. Mañana mando a Diana para que te eche la mano. No te preocupes, no es la primera vez que pasa, vas a ver que todo va a salir bien. Ahorita te paso la dirección de un hospital donde atienden estos casos, pueden verse ahí.

Anoté la hora, la dirección y las señas de Diana y le di las gracias a Salvador.

Cecilia cantó canciones de películas para niños durante horas viendo al techo. La abracé, llorando. Yo llevaba dos días viajando sin dormir y, aunque estaba cansadísima, no quería cerrar los ojos. Examiné a los

amigos de Cecilia uno a uno, mentalmente, tratando de decidir cuál de todos era el culpable y qué era lo que le había hecho. Imaginé cómo les sacaría la información, arrancándoselas del pecho mientras les destrozaba la cara y los dedos. Pensé que todas sus amigas eran unas mentirosas y que todos sus amigos eran unos violadores.

Desperté cerca de las cinco de la mañana. Cecilia no estaba: se había escabullido mientras yo dormía. Nunca se me perdió cuando éramos pequeñas. Entonces empecé a escuchar: oía unas voces, bajas y distorsionadas. Aterrada, supuse que mis nervios y la falta de sueño me iban orillando a un estado similar al de Cecilia. Le avisé a Nisant que ella no estaba, me puse el abrigo y salí corriendo. Afuera, escuché los gritos de Nisant en medio del patio. Su voz se mezclaba con las otras voces que había oído. Corré durante horas por los jardines de la residencia universitaria, me perdí en ellos hasta que, cansada, me detuve a llorar en una fuente.

Pensé por un momento que todo era mi culpa, que alguna de las cosas horribles que le había hecho cuando éramos niñas había causado todo esto. Seguro la vez que la dejé caer en el sube y baja; cuando la culpé de que tuviéramos que regresar antes a la casa porque ella era pequeña y ya quería volver y puse a todos nuestros primos en su contra; cuando se mordió la lengua mientras perseguía un pollo de cuerda jugando conmigo; o quizás cuando se estampó en la pared porque no le expliqué cómo jugar a la gallinita ciega. Hice a un lado esos recuerdos. Si era mi culpa o no, eso no me ayudaría a encontrarla.

Cecilia me había dicho que aquellos jardines eran hermosos en primavera, pero en ese momento estaban

secos. El cielo, que poco a poco se iba desprendiendo del invierno, estaba gris. Llore y lloré observando todo, como si Cecilia estuviera por aparecer. Entonces sentí una mano en mi hombro. Volteeé, pero no era ella.

—Tú eres la hermana de Cecilia —me dijo una chica sonriendo. Era muy blanca, de cabello castaño y ojos cafés.

—¿Dónde está mi hermana? —le dije tratando de dejar de llorar, tomándola desesperadamente por los hombros.

—No lo sé —me contestó sin abandonar su sonrisa de niña grande, acomodándose el cabello—. Soy Apolena. Tomo clases con ella. Puedes encontrarla si sigues escuchando.

Se rio al ver mi expresión. Su risa era suave y acariciaba. Me dijo riendo que, si de verdad quería escuchar, necesitaba beber algo fuerte. Luego se puso seria y me aseguró que, al igual que Cecilia, yo escuchaba la estación equivocada. Le dije que yo solo quería escuchar lo suficiente para hallar a Cecilia.

—Solo las estrellas saben dónde está —me aseguró—. Ellas ven todo.

—No te entiendo, ¿cómo voy a encontrarla? —pregunté.

—Está donde la llamaron las voces de personas que escuchan como tú y como yo —me contestó Apolena—. De personas que ven, como tú vas a ver y a oler y a sentir si sigues por este camino. Tienes que sentir todo esto, lo necesitas. —Cerró los ojos, inhaló y continuó—. Ella ya está en su cuarto. Corre, tienes que estar muy al pendiente si no quieres que desaparezca de nuevo.

—¿Cómo sabes que ya volvió?

—Todos volvemos —dijo mostrando su sonrisa infantil.

Sentí un escalofrío.

—Estoy en la torre A-7, en el 502. Ve en la tarde. Lleva a Cecilia.

Regresé al cuarto de Cecilia caminando por los jardines. Le escribí un mensaje a Nisant de mi encuentro con Apolena. Él, como si no lo hubiera leído, me contestó que ya había reportado la desaparición de Cecilia.

Tal como Apolena había dicho, Cecilia estaba de pie junto a su cama. A pesar de lo delgadísima que era, se veía normal. No parecía recordar el miedo ni las voces que yo seguía sintonizando gracias a los nervios y al cansancio. La abracé. Cecilia me sonrió. Todo su cuerpo estaba cubierto de una delgada capa de polvo de un tono cremoso, como si fuera un talco sin perfume. Su cabello, enmarañado como un nido, olía a campo, a un guisado complejo con muchas hierbas y especias. Esperé a que se bañara y le cepillé el cabello. Traté de que me dijera lo que había sucedido, pero a pesar de que se veía alegre hablaba poco.

Llamé a Nisant. Él se reunió con nosotros en el cuarto de Cecilia. Después de agradecerle, Cecilia y yo tomamos nuestras cosas y nos dirigimos a ver a Diana en el hospital. Cecilia se ponía cada vez más nerviosa, como si no soportara el ruido, la gente y la luz.

Presté atención a lo que preguntaba la doctora, a lo que decían Diana y Cecilia. Surgió una voz en mi cabeza a la que se sumaron infinidad de voces que resonaban con el tecleo de la doctora en la computadora. Me contaban de Cecilia, de nuestro regreso. Unas me decían que debía ir con Apolena; otras, que me alejara de ella. Se mezclaban, contradiciéndose. Cecilia comenzó

a hacer caras, cada tecla de la doctora le laceraba los oídos con mil voces, igual que a mí. Diana me dijo que la doctora comentaba que Cecilia estaba mal, que no podía volar así y que tendría que quedarse al menos esa noche en observación. Cecilia asintió, cansada y preocupada. Le agradecí a Diana. Creo que nunca le he dado las gracias tantas veces a alguien. La abracé. Ella me dijo:

—No te preocupes, se pondrá bien.

Yo le creí a pesar de las voces y del dolor de Cecilia que retumbaba en mis oídos.

Diana me acompañó a ver el que sería el cuarto de Cecilia en aquel hospital, así como la sala para los enfermos. Se veía limpio, ordenado y tibio. Recibieron a Cecilia, la hicieron firmar un documento de consentimiento.

Diana me dijo que ya no servirían comida ese día y tendría que conseguir algo para Cecilia, además de ropa cómoda. Salimos a una calle concurrida. Diana me recomendó un lugar para ir a comer un guisado local una vez que me hubiera ocupado de lo que Cecilia necesitaba.

—También tienes que cuidarte —me dijo.

Le agradecí de nuevo y fui a comprar una sopa caliente para Cecilia. Conseguí una pijama y unas chanclas. Pensé que, si era necesario, al día siguiente le llevaría más cosas. De regreso al hospital, me senté con Cecilia a verla comer su sopa hasta que terminó la hora de visitas. Mi hermana se veía casi normal.

Tuve que salir de ahí y caminé por la ciudad. Cecilia me mandó un mensaje diciendo que le quitarían el celular y que ya se iba a dormir. Apenas eran las seis de la tarde. Sentí miedo y alivio de tener que dejarla ahí. Ambas podríamos dormir bien esa noche, sin riesgo de

que algo malo le pasara. Yo moría de sueño, pero no quería acostarme, quería caminar y caminar hasta dejar mi cuerpo tan cansado que no pudiera sentir miedo. Entré a un restaurante. Por recomendación de Diana pedí carne en un guisado rojizo como de jitomate, ligeramente salado y ácido. Sentí de inmediato cómo me levantaba el ánimo, cómo me alimentaba volviéndome a la vida. Pedí una cerveza oscura, que era fuerte y dulce. Me comí un *dumpling* de papa y después de eso apenas pude probar la col agria. Las luces eran cálidas, el servicio amable, la música suave. Contesté los miles de mensajes que me había mandado papá y traté de organizar mis ideas, de pensar en el trabajo, en cuándo le diríamos a mamá, en cómo lo pagaríamos: ninguno de los seguros de gastos médicos mayores cubre emergencias psiquiátricas. No pude pensar mucho en eso. Tenía que ir a la residencia universitaria a empacar las cosas de Cecilia y a ver a Apolena para decirle que nadie se había llevado a Cecilia, que ella estaba en el hospital, que nos íbamos a ir a México y que todo iba a estar bien.

+

Apolena abrió su puerta. En cuanto notó que Cecilia no iba conmigo, su sonrisa se esfumó.

—¿Dónde está Cecilia?

Le conté del hospital y su rostro se ensombreció.

—No, no. Debiste traerla aquí. La vas a volver a perder —dijo mientras me abrazaba. Me dieron ganas de gritarle, de golpearla.

—No —le contesté—. Ya la van a atender, va a estar bien.

—No —dijo ella—, ahora sí se la van a llevar y ten-

drás que ir por ella.

Apolena tomó una cerveza de su cuarto y la guardó en mi bolsa. Me deseó suerte y me bendijo sin que yo pudiera entender lo que sucedía.

—¿Quién se la va a llevar?

—No puedo ayudarte más de momento. Consigue algo más fuerte para beber. Vuelve mañana— dijo cerrando la puerta antes de que yo pudiera reaccionar.

No entendí nada. Me sentí mareada, pensé que tal vez Apolena había sido quien le había dado alguna droga a Cecilia y llegando al cuarto de mi hermana guardé la cerveza en el refrigerador. Ya no oía voces.

Estaba muy cansada. Recordé la vez que Cecilia estuvo en un hospital, cuando tenía ocho años y le dio una colitis tan fuerte que pensamos que tenía apendicitis. En esa ocasión le di a mis padres mi peluche de dinosaurio favorito y un libro para que se los llevaran. Me dormí pensando en eso y en los juegos que jugábamos las dos. Soñé que Cecilia y yo estábamos en un restaurante en México. La mesa era de barro; la luz, unas velas. Éramos los únicos comensales, habíamos bebido mezcal y Nisant abrazaba por la espalda a una mujer morena con el torso desnudo que parecía mexicana, luego de la India, luego era mamá, luego era un rostro plano con una ventosa enorme. En el restaurante crepitaba una hoguera. Los tentáculos de la cabeza de la mujer brillaban con la luz amarillenta. La ventosa me llamaba, trataba de alcanzarme con sus tentáculos.

En la mañana, antes de que me encaminara a la primera visita de Cecilia, sonó mi teléfono: Cecilia no estaba. No se explicaban cómo había escapado. Estaba medicada, era imposible. La enfermera seguía hablan-

do, pero yo no la escuchaba. Imaginaba a Cecilia afuera, sola, perdida, aterrada por los horrores de su mente. Colgué el teléfono con toda la calma que pude y empecé a llorar. Juraría que los muebles vibraron con mi dolor, con mis gritos en medio del llanto, con mi furia contra Apolena. Con el dolor de haber sido tan tonta como para perder a Cecilia de nuevo. Las voces, ahora débiles, volvían a llamarme. Una vez más decidí ir por ella.

Cecilia nació cuando yo tenía cinco años y pensaba que ya nunca tendría hermanos. Jugábamos juntas, pero yo no sabía bien cómo jugar con algo tan chiquito, cómo cargar algo tan pequeño. Mamá me regañaba porque yo hacía ruido al jugar y no la dejaba dormir, aunque Cecilia dormía como piedra. Tardamos años en llevarnos bien y empezar a jugar a preparar banquetes, a las guerras de los ponis carnívoros, a lanzarnos puños de espuma en la regadera.

Fui al comedor de la residencia universitaria, comí convenciéndome de que necesitaba fuerzas para encontrar a Cecilia. Dejé más de la mitad en el plato. Era como si la comida me raspara la garganta y me hiciera daño. Cuando terminé fui a buscar alcohol. En el mini-súper de la residencia solo había cerveza y botellas pequeñas de Becherovka y Tuzemák. Nunca los había probado, pero compré una de cada uno.

Al llegar al cuarto de Cecilia le envié un mensaje a Nisant y llamé a la embajada con toda la calma que pude. Ya les habían notificado. Me dijeron que harían todo lo que estuviera en sus manos. No sé de dónde saqué la tranquilidad para hacer esa llamada.

Destapé ambas botellas. El Becherovka olía a hierbas. Le di un trago: era fuerte, sabía a canela y a clavo. Me asomé a la ventana. Imaginé que los bosques olían

a canela y a clavo, y di un segundo trago. Las voces eran muy suaves, apenas un murmullo. Entonces salí. Eran cerca de las cuatro y empezaba a oscurecer.

Llegué a la puerta de Apolena y en cuanto me abrió, dijo:

—Solo la recuperarás si te quedas con nosotros.

—¿Qué?

—Tienes que aprender a escuchar, a dejarte llevar por el buen camino. Te voy a presentar a Robin, él te va a enseñar cómo llegar a Cecilia —dijo Apolena con la sonrisa a flor de piel.

Yo no entendía. Si tanto quería encontrar a Cecilia, ¿por qué Robin no me había contestado? Lo odié, odié a todos.

—No me interesa. Solo quiero hallar a mi hermana.

—Sí, comprendo, pero si Bog y Robin no se reconcilian, Cecilia seguirá rodando de un lado a otro, por eso era importante que la trajeras conmigo.

—No sé quién es Bog. No entiendo nada ni me importa que nadie se reconcilie, quiero encontrar a mi hermana, sacarla de aquí y que todo vuelva a ser como antes.

—Entonces yo no puedo ayudarte —me dijo Apolena. La tristeza la hacía ver como un conejo perdido—. Tienes que hablar con Bog.

Le dije que hablaría con quien fuera necesario. En ese instante su puerta se azotó y yo quedé fuera de su cuarto ardiendo en ganas de despedazarla.

—No será con Robin —dijo Apolena dentro de mi cabeza—, pero puedes ver a Bog si te subes mañana a las cuatro de la tarde al tren que sale de aquí hacia Andel. Hoy ya no lo alcanzas.

Golpee su puerta con la fuerza que mis puños

habían adquirido tras dos noches de sueño. Le grité a todo pulmón que los odiaba por llevarse a Cecilia y por pretender llevarme a mí también y me fui, deseando no encontrarme a Nisant ni a nadie.

Ya no podía hacer más. Sentía los brazos y las piernas pesados y al mismo tiempo débiles mientras miraba al cielo esperando que se despejara de nuevo para poder ver las estrellas.

Yo le presenté su primer novio a Cecilia. Era el hermano de una amiga. No resultó. Se aburrieron rápido el uno del otro. Pero eso nos acercó, hizo que tuviéramos algo de que platicar todas las noches.

Le hablé a Nisant desde el cuarto de Cecilia:

—Vente —me dijo, molesto.

Llegué al cuarto de uno de sus amigos de la India. Mientras Nisant llamaba una vez más para reportar la desaparición de Cecilia, sus amigos me dieron de cenar cosas que sabían a comino, a cúrcuma y al perfume de todas las especias. Me miraban consternados hablando en hindi sin que yo pudiera entender nada. Hablé con Nisant y tomé dos cervezas con ellos antes de irme a dormir.

Soñé con Cecilia. Estábamos en casa, pero no era realmente nuestra casa. En la sala había una caja llena de agua a manera de estanque para los gatos. Cecilia se metía en él. De pronto, ella era un gato más. Yo no sabía qué hacer. Estábamos solas. Un guiso se quemaba en la estufa, el humo negro se convertía en insectos y pájaros negros y de pronto los muebles se estremecieron y yo grité y grité y desperté gritando.

Antes de salir al metro bebí una botella de medovina que Nisant me regaló cuando le conté lo que iba a hacer. Me dijo que estaba loca, que esperara a que la

policía encontrara a Cecilia, que no quería tener que llamar para reportar la desaparición de las dos, pero al ver que no me detendría, sacó la botella de su gaveta y me deseó buena suerte.

—La estaba guardando para el fin de semestre. Es vino de miel. Tiene más alcohol que una cerveza, por si lo que te dijo la Apolena esa es cierto.

Supe que ya no había marcha atrás cuando el tren, después de media hora de viaje, no llegó a Andel como estaba previsto, sino que se internó en un bosque triste y denso. Además de mí, en el vagón solo había una chica de alrededor de dieciocho años. Nos vimos. Sus ojos eran oscuros. Dejé que sintiera todo el peso de mi mirada meterse en sus ojos perdidos entre los árboles.

Mis ansias bajaron. No era ella a quien yo quería destruir. Me senté a su lado. Ella, delgadísima como si viviera de aire, me miró sin parpadear. Como si le doliera, dejó asomar una sonrisa, luego apretó los ojos asintiendo muy suavemente. Estaba pálida y ojerosa; podía sentir su cansancio, tan pesado como el mío, pero ni siquiera cercanamente tan poderoso, tan intenso, tan vivo. Se levantó y me tomó de la mano sin hablar. Entonces el tren se detuvo.

El bosque se veía oscuro. A lo lejos, la luz rojiza de los últimos rayos del sol estaba por ocultarse, contagiando su brillo a todo a nuestro alrededor.

—¿A dónde me llevas? —le pregunté. Solo se me quedó viendo con esos ojos enormes, tristísimos. Quise sacudirla y al tocarla sentí sus huesos.

No había ningún camino, pero ella avanzaba a paso seguro hacia donde el zumbido de las voces era más intenso. Nos internamos más y más en el bosque. Pensé que en una o dos semanas alguien encontraría

mi cadáver ahí. Habíamos andado cerca de quince minutos cuando ella se detuvo. El zumbido de las voces era casi un bramido, pero sordo, ininteligible.

En medio del bosque estaba Bog.

—Todavía puedes quedarte con nosotros. Te ayudaremos a controlar tu ira y tu miedo: a encontrar a Cecilia. Robin ha estado jugando con su mente y si no llegamos pronto ella acabará como la pobre Camila — me dijo con su voz melodiosa después de presentarse, señalando a la chica delgada.

Abracé a Camila.

—A ti no te encontraron —le dije sollozando, aunque fuera inútil.

—¿Y cuánto voy a tardar en dar con ella si me quedo con ustedes? —le pregunté desesperada a Bog.

Él era muy guapo y eso lo hacía más horrible. Imaginé que Robin sería igual que él.

—El tiempo que tenga que tomar.

—Acabas de decir que no tenemos tiempo. No quiero aprender nada, solo quiero llegar con ella y llevarla de vuelta a casa.

—Hay dos formas: te ayudamos nosotros o te ayuda Robin.

—¡No! —gritó algo dentro de mí—. Dime la verdad, ¿cómo encuentro a Cecilia? Quiero la verdad.

Lo escuché reír:

—Tú no podrías reconocer la verdad, no puedes tolerarla porque no sabes nada.

Me miró divertido. Vio cómo mis puños se cerraban, cómo se me fruncía el ceño.

—Si quieres la verdad, escucha. Sigue las voces que te están llegando ahora y vete. Sabrás que llegaste cuando estés en la playa. Entonces mira al cielo y cuen-

ta las estrellas hasta que ya no puedas. Si sobrevives, regresa. Yo mismo te ayudaré a encontrar a Cecilia y se irá contigo. Si no, te pudrirás en la playa y me comeré tus ojos muertos, con ellos yo encontrará a Cecilia.

Lo miré sintiendo que mis ojos tenían la facultad de perforarlo.

—Te estás tardando —me dijo con calma, sonriendo como Apolena—. Guárdate tus gritos y tus golpes, vas a necesitar energía.

Volteeé a ver a Camila. Su mirada se perdía en el cielo. Caía una nieve fina y ligera. Saqué la lengua para probar la nieve y miré hacia arriba. Las estrellas se asomaban entre las nubes, incontables, como nunca las había visto en la Ciudad de México. Luego me di la vuelta y me concentré en escuchar y caminar, caminar, caminar.

Supe que ese era el lugar en cuanto llegué: las estrellas relucían en el cielo más brillantes que nunca, incontables, indecibles, palpitando con el mundo, vaciando en mi cerebro lo que era el mundo, todo. Conté cinco y me llegaron imágenes de Cecilia; la vi, sabía dónde estaba; le grité y ella volteó hacia mí, reconociéndome, pero luego más y más imágenes me la arrebataron: vi la casa de mis padres, mi nacimiento, mi muerte, el nacimiento de Cecilia, luego ya no estaba yo, ya no importaba, ni Cecilia. Vi el nacimiento del mundo, la bruma de la nada, el nacimiento del universo y más y más cosas que se me atoraban en el estómago, en el ano y en la boca, que no me dejaban respirar, que me ahogaban un minuto, un segundo, una hora, mil años. Me empezó a sangrar la nariz. Tragué. El sabor de la sangre, metálico, rasposo, inundaba mi garganta, pero también me regresó un poco a la vida, me distrajo de ver el mundo.

Me eché al suelo, arrastrándome por la playa, con la cabeza a punto de explotarme de tanta información que mi cuerpo, yo, no quería, no podía soportar. Debeaba alejar eso de mí, tanta sabiduría, tanto conocimiento inasible. Vomité en la arena un líquido que brilló bajo la luz de la luna. Sentí, ya fuera de mí, cómo mi cuerpo se hinchaba, se expandía y actuaba por sí mismo: primero dando vueltas por la playa en cuatro patas sin parar, luego pataleando, golpeando solo, solito, sin que yo pudiera controlarlo, como si fuera otra cosa ajena a mí. Pensé que ya había acabado todo, que en cualquier momento aquello que me sujetaba a la vida se rompería y podría descansar. Quería descansar: era demasiado.

Luego, escuché un pequeño estruendo: las voces del mundo venían; las estrellas las vaciarían en mí, matándome. Apenas eran un murmullo lejano, que comenzaba a bajar desde el cielo. De inmediato regresó una idea a mi mente: Cecilia. No la había encontrado aún. Quise luchar contra la verdad que las estrellas vaciaban en mí. No quería ese conocimiento que mataba. No quería saber nada. No estaba lista, quizá no lo estaría nunca. Comencé a gritar:

—No, no, no. No quiero nada de esto, yo solo quiero encontrar a Cecilia.

Y sí, quería encontrarla, pero sobre todo quería seguir latiendo, seguir viviendo.

—No me quiero morir —dije en voz baja.

Una última bocanada de vómito salió trabajosamente de mí y entonces descansé de la lucha, dejándome caer en la arena. El murmullo se detuvo. Las estrellas volvían a ser solo estrellas, silenciosas, titilantes. Las vi tendida en la arena. Rodé sobre mí y, como pude,

estiré mis brazos para tomar impulso y levantarme. Mis brazos y mis piernas eran como tallos tiernos, como fideos aguados que me costó muchísimo enderezar. Logré sentarme. No quería dormir. Sentí que moriría o que Bog llegaría por mí, que me destrozaría y esparciría mi cuerpo por la playa mientras yo no podía reaccionar. Él tomaría mis ojos y todo estaría perdido.

Miré al cielo: todo me daba vueltas. No podía pensar con claridad. Mi boca estaba seca y mi garganta y mi frente ardían. No quería hacer nada, únicamente pensaba en seguir ahí y que la brisa del mar me curara, que me limpiara el cuerpo de la verdad que hace unos momentos había atiborrado mi mente. Mi cuerpo, mi pobre cuerpo, mi yo, dio de sí. Se durmió, me dormí. No soñé nada. Descansé.

Al día siguiente sentí el agua de mar, fresca y tibia a la vez, lavándome el vómito seco que se había quedado en mí, lamiendo mi sangre hacia su fuente materna original. Me ardían los ojos, la nariz, la boca cuarteada como un viejo jarrón. Sentí el calor de la mañana. La primera mañana del mundo. Junto a mí brincoteaba un pececillo; lo tomé entre mis manos, lo acaricié y le di una mordida, luego otra, hasta que ya no hubo pez. Busqué más peces mientras lloraba: qué hermoso era tener hambre, ver el amanecer, acariciar un pez de piel plateada y reluciente, arrancarle la vida.

Me senté a observar el Sol, el horizonte, a sentir la brisa y, cuando mi respiración se hizo lenta y todo me supo a mar, me levanté. Limpié mis brazos, mi rostro y mi cabello en el agua. Me quedé de pie a secarme al sol. Luego me vestí, lista para ir a confrontar a Bog.

¡Adquiere este libro en nuestra Tienda en Línea!

<https://malabar-ed.mercadoshops.com.mx>



FOTOGRAFÍA DE HORACIO FLORES

LIBERTAD PANTOJA

(CIUDAD DE MÉXICO, 1987)

Estudió la licenciatura en Ciencias Genómicas y el Doctorado en Ciencias Biomédicas en la Universidad Nacional Autónoma de México. Es egresada del diplomado en escritura de Literaria; Centro Mexicano de Escritores. Libertad Pantoja recibió la beca Jóvenes Creadores del FONCA en el año 2018 en la especialidad de cuento. Ha participado en dos ocasiones en el programa de escritura “Under the Volcano”. Algunos de sus cuentos aparecen en las antologías *Historias de las historias* (Ediciones del Ermitaño, 2011) y *Lo fantástico no existe* (Ediciones Periféricas, 2021). Ha publicado en la revista “Penumbria” y en los sitios de divulgación de la ciencia “Más ciencia por México”, “Historias cienciacionales”, “Cienciorama” e “Hypatia”.